

El Juicio Venidero de los Secretos de los Hombres



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

El Juicio Venidero de los Secretos de los Hombres

Nº 1849

Un sermón predicado la mañana del Domingo 12 de Julio de 1885 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“En el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio”. — Romanos 2: 16. (α)

Es imposible que alguien pudiera decir cuánto le costó al apóstol Pablo escribir el primer capítulo de la Epístola a los Romanos. Es una vergüenza tan sólo hablar de las cosas que son hechas por los viciosos en los lugares secretos; pero Pablo sentía que era necesario que se despojara de su vergüenza, y que hablara claro en lo concerniente a los horrendos vicios de los paganos.

Pablo puso al descubierto y registró los pecados de su día, que sonrojan las mejillas de las personas modestas cuando los leen, y producen un retintín en ambos oídos de la persona que los oye. Pablo sabía que este capítulo sería leído, no únicamente en su tiempo, sino en todas las épocas, y que llegaría a los hogares de las personas más puras y piadosas mientras el mundo permaneciera; y, sin embargo, lo escribió deliberadamente, y lo escribió bajo la guía del Espíritu Santo. Pablo sabía que debía ser escrito para avergonzar a las abominaciones de una época que casi desconocía la vergüenza. Los monstruos que se deleitan en las tinieblas deben ser arrastrados al lugar abierto para que sean marchitados por la luz.

Después que Pablo escribió así en angustia, reflexionó sobre su principal consuelo. Cuando su pluma estaba negra todavía con las palabras que había escrito en el primer capítulo, fue conducido a escribir acerca de su gran deleite. Se aferra al Evangelio con mayor tenacidad que nunca. Como en el versículo que estamos considerando, necesitaba mencionar al

Evangelio, no se refirió a él como “el Evangelio”, sino como “mi Evangelio”. “Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio.”

Pablo sentía que no podía vivir en medio de personas tan depravadas sin sostener con ambas manos el Evangelio, y tomarlo como suyo propio. “Mi evangelio”, dijo. No se trataba de que Pablo fuese su autor, no que Pablo tuviese un monopolio exclusivo de sus bendiciones, sino que lo había recibido de tal manera de Cristo mismo, y se consideraba de tal manera depositario responsable de él, que no podía desconocerlo ni siquiera por un instante. Tan plenamente lo había asimilado, que no podía menos de llamarlo “mi evangelio”.

En otro lugar Pablo habla de “nuestro evangelio”; así, usaba un pronombre posesivo para mostrar cómo se identificaban los creyentes con la verdad que predicaban. Pablo tenía un evangelio, —una forma definida de la verdad— y creía en él más allá de toda duda, y, por tanto, se refería a él como “mi evangelio”. Aquí oímos la voz de la fe, que parece decir: “aunque otros lo rechacen, yo estoy seguro de él, y no permito que ninguna sombra de desconfianza oscurezca mi mente. Para mí, son nuevas de gran gozo: lo saludo como ‘mi evangelio’. Si soy llamado necio por sostenerlo, estoy contento de ser necio y de encontrar toda mi sabiduría en mi Señor.”

Si todas las formas que los hombres inventen
Asaltaran mi fe con arte traicionero,
Yo las llamaría vanidad y mentiras,
Y ataría el Evangelio en mi corazón.

¿Acaso esta expresión: “mi evangelio”, no es la voz del amor? ¿Acaso, por esta palabra, no abraza Pablo el evangelio como el único amor de su alma —por amor del cual lo había perdido todo, y lo tenía por basura— por amor del cual estaba dispuesto a presentarse ante Nerón, y proclamar, incluso en el palacio del César, el mensaje del cielo? Aunque cada palabra le costara la vida, estaba dispuesto a morir mil muertes por la santa causa. “Mi evangelio”, dice él, con un rapto de deleite, estrechando contra su pecho el sagrado depósito de la verdad.

“Mi evangelio”. ¿Acaso no muestra esto su valor? Era como si dijera: “No me avergüenzo del evangelio de Cristo: porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.” Pablo dice: “mi evangelio”, igual que un soldado habla de “mis colores”, o de “mi rey”. Resuelve portar este estandarte hasta la victoria, y servir a esta verdad real incluso hasta la muerte.

“Mi evangelio”. Hay un toque de discriminación contenido en esa expresión. Pablo percibe que hay otros evangelios, y los despacha sumariamente, pues afirma: “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema.” El apóstol era de un espíritu apacible; Pablo oraba de todo corazón por los judíos que lo perseguían, y entregaba su vida por la conversión de los gentiles que lo maltrataban; pero no tenía tolerancia para con los falsos propagadores de evangelios. Pablo exhibía una gran amplitud de mente, y para salvar almas, a todos se hizo de todo; pero cuando contemplaba alguna alteración o adulteración del Evangelio de Cristo, tronaba y relampagueaba sin medida.

Cuando temía que otra cosa pudiera surgir entre los filósofos, o entre los judaizantes, que pudiese ocultar un solo rayo del glorioso Sol de Justicia, no usaba un lenguaje mesurado, sino que clamaba contra el autor de esa influencia entenebrecedora diciendo: “sea anatema”. Cualquier corazón que anhele ver bendecidos a los hombres susurra un “Amén” a esta maldición apostólica. Ninguna maldición mayor puede recaer sobre la humanidad que el oscurecimiento del Evangelio de Jesucristo.

Pablo dice de sí mismo y de sus verdaderos hermanos: “No somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios”; y clama hacia quienes se apartaron del exclusivo y único Evangelio: “¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó?” De todas las nuevas doctrinas Pablo habla como de “Un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban.”

En lo que a mí respecta, mirando al asunto de nuevo, en medio de toda la inmundicia que veo en el mundo en este día, yo me aferro a la pura y bendita Palabra de Dios y la llamo con mayor sinceridad todavía: mi Evangelio: mío en la vida, y mío en la muerte, mío contra todos los nuevos

que se acercan, mío para siempre, con la ayuda de Dios: afirmo con énfasis que es “mi Evangelio”.

Ahora, hemos de notar qué es lo que trajo a colación esta expresión: “mi evangelio”. ¿Qué era lo que estaba predicando Pablo? Ciertamente no estaba predicando sobre temas delicados y tiernos, sobre los que hoy se nos indica que hemos de ocupar todo nuestro tiempo. Pablo está hablando sobre los terrores de la ley, y es en relación a ese tema que habla de “mi evangelio.”

Vayamos de inmediato a nuestro texto. No requerirá que lo dividamos, pues él solo se divide. Primero, vamos a considerar que en un cierto día, Dios juzgará a la humanidad; en segundo lugar, en aquel día, Dios juzgará los secretos de los hombres; en tercer lugar, cuando Él juzgue los secretos de los hombres, lo hará por medio de Jesucristo; y, en cuarto lugar, esto es de conformidad al Evangelio.

I. Comenzamos con una verdad solemne: que EN UN CIERTO DÍA, DIOS VA A JUZGAR A LOS HOMBRES. Un juicio está teniendo lugar diariamente. Dios mantiene continuamente un juicio en plena sesión, y está considerando las obras de los hijos de los hombres. Cada acción malvada que realizan queda documentada en el registro de la condenación, y cada buena acción es recordada y atesorada por Dios.

Ese juicio es reflejado en alguna medida en la conciencia de los hombres. Aquellos que conocen el Evangelio, y quienes no lo conocen, de igual manera, tienen una cierta medida de luz, por medio de la cual saben lo que es bueno y lo que es malo; sus conciencias los están acusando o excusando todo el tiempo.

Esta sesión de la corte celestial prosigue día a día, al igual que las sesiones de nuestros magistrados locales; pero esto no previene sino que más bien exige que se lleve a cabo una última sesión en el día del juicio final.

Conforme cada persona pasa al otro mundo, se emite un fallo de inmediato sobre ella; pero esto es únicamente una prefiguración de lo que tendrá lugar en el fin del mundo.

Hay un juicio que es realizado sobre las naciones, pues como las naciones no existirán como tales en el otro mundo, tienen que ser juzgadas y castigadas en este presente estado. El lector reflexivo de la historia no puede evitar observar cuán severamente esta justicia ha tratado con un imperio tras otro, cuando se han corrompido. Dominios colosales se han marchitado hasta el suelo, cuando fueron sentenciados por el Rey de reyes.

Vayan y pregunten ahora: “¿dónde está el imperio de Asiria? ¿Dónde están las poderosas ciudades de Babilonia? ¿Dónde están las glorias de los medos y los persas? ¿Qué pasó con el poder de los macedonios? ¿Dónde están los Césares y sus palacios?” Estos imperios eran fuerzas establecidas por la crueldad, y usadas para la opresión; promovían el lujo y el libertinaje, y cuando se volvían intolerables, la tierra era purificada de su contaminante existencia.

¡Ah, qué horrores de guerra, de derramamiento de sangre y devastación han sobrevenido a los hombres como resultado de sus iniquidades! El mundo está lleno de los monumentos, tanto de la misericordia como de la justicia de Dios: de hecho, los monumentos de Su justicia, si son vistos correctamente, son pruebas de Su bondad; pues es misericordia de parte de Dios que ponga un fin a los sistemas malvados cuando, como una pesadilla, oprimen grandemente el pecho de la humanidad.

El Juez omnipotente no ha cesado de mantener Su gobierno soberano sobre los reinos, y nuestro propio país podría tener que sentir otra vez Sus castigos. A menudo nos hemos reído entre nosotros de la ridícula idea del neozelandés que está sentado sobre un arco quebrado del Puente de Londres, en medio de las ruinas de esta metrópoli. Pero ¿es tan ridículo como parece? Es más que posible que esto suceda si nuestras iniquidades continuasen abundando. ¿Qué tiene Londres que la haga más imperecedera que Roma? ¿Por qué habrían de ser eternos los palacios de nuestros monarcas, si los palacios de Koyunjik (Nínive) han caído? El casi ilimitado poder de los faraones ha pasado, y Egipto se ha convertido en una de las naciones más insignificantes; ¿por qué no habría de caer Inglaterra bajo una condenación igual? ¿Qué somos nosotros? ¿Qué hay en nuestra jactanciosa raza para que monopolicemos el favor de Dios? Si nos rebelamos, y

pecamos contra Él, Él no nos considerará sin culpa, sino que impartirá una justicia imparcial a una raza ingrata.

Aun así, aunque tal juicio se realiza cada día, vendrá un día, un período de tiempo, en el que, de una manera más clara, formal, pública y final, Dios va a juzgar a los hijos de los hombres. Podríamos haber adivinado esto a la luz de la naturaleza y de la razón. Incluso los pueblos paganos han tenido una vaga noción de un día de juicio; pero nosotros no tenemos que adivinarlo, pues se nos asegura solemnemente eso en la Santa Escritura. Como aceptamos este Libro como la revelación de Dios, sabemos, más allá de toda duda, que un día ha sido establecido en el que el Señor juzgará los secretos de los hombres.

Juicio significa aquí todo lo concerniente a los procedimientos de la vista de una causa y el fallo. Dios juzgará a la raza de los hombres; esto es, primero, habrá una sesión de majestad, y de la aparición del gran trono blanco, rodeado de la pompa de los ángeles y de los seres glorificados. Entonces se emitirá un emplazamiento, ordenando a todos los hombres que se presenten a juicio, para rendir cuentas finales. Los heraldos volarán a través de los dominios de la muerte, y emplazarán a aquellos que duermen en el polvo: pues los vivos y los muertos, todos ellos, se presentarán ante el tribunal. Juan dice: “Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios”; y luego agrega: “Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos.” Aquellos que han estado muertos por tanto tiempo que su polvo está mezclado con la tierra, y ha padecido miles de transmutaciones, serán llevados a vestir una apariencia personal delante del tribunal de Cristo.

¡Qué audiencia judicial será esa! Ustedes y yo y todas las miríadas de miríadas de nuestra raza serán reunidas delante del trono del Hijo de Dios. Entonces, cuando todos estén reunidos, la denuncia será leída, y cada uno será examinado en lo relativo a las cosas hechas en el cuerpo, de conformidad a lo que hubiere hecho. Entonces los libros serán abiertos, y cada cosa registrada será leída delante de la faz del cielo. Cada pecador oír entonces la historia de su vida publicada para su vergüenza eterna. Los buenos no pedirán un escondite y los malos no podrán encontrar uno. Los ángeles y los hombres verán entonces la verdad de las cosas, y los santos

juzgarán al mundo. Entonces el propio Juez grandioso pronunciará sentencia contra los malvados, y ejecutará su castigo. Ninguna parcialidad será vista allí; no habrá ninguna conferencia privada que garantice la inmunidad para los nobles, ni ninguna mitigación de los asuntos para que los grandes hombres puedan escapar de la sentencia por sus crímenes. Todos los hombres estarán delante del gran tribunal; allí será proporcionada la evidencia en contra de todos ellos, y una justa sentencia saldrá de la boca de Aquel que no sabe cómo halagar a los grandes.

Esto será así, y tiene que ser así: Dios debe juzgar al mundo, porque Él es el gobernante y el soberano universal. Ha habido un día para pecar, y tiene que haber un día para castigar; una larga edad de rebelión ha sido aguantada y tiene que haber un tiempo en el que la justicia afirme su supremacía. Hemos visto una edad en la que la reforma ha sido mandada, en la que la misericordia ha sido presentada, en la que la reconvención y la súplica han sido usadas, y tiene que venir finalmente el día en el que Dios juzgará tanto a los vivos como a los muertos, y entregará a cada uno el resultado final de la vida.

Tiene que ser así por causa de los justos. Ellos han sido calumniados; ellos han sido despreciados y ridiculizados; peor que eso, han sido apresados y golpeados, y asesinados innumerables veces: los mejores se han llevado la peor parte, y tiene que haber un juicio que rectifique estas cosas.

Además, las iniquidades enconadas de cada época claman a Dios pidiéndole que trate con ellas. ¿Se quedará sin castigo tal pecado? ¿Con qué objeto hay un gobierno moral, y cómo se logrará su continuidad si no hubiese recompensas y castigos y un día de rendición de cuentas? Para la manifestación de Su santidad, para la confusión de Sus adversarios, para recompensa de aquellos que le han servido fielmente, tiene que haber y habrá un día en el que Dios juzgue al mundo.

¿Por qué no llega de inmediato? Y, ¿cuándo llegará? No podemos indicar una fecha precisa. Ni el hombre ni el ángel conocen ese día, y es vano y profano tratar de adivinarlo, puesto que incluso el Hijo del hombre, como tal, desconoce el tiempo. Baste para nosotros saber que el Día del Juicio vendrá con seguridad; baste también creer que es pospuesto con el

objeto de dar una oportunidad a la misericordia, y un espacio para el arrepentimiento.

¿Por qué querrían saber los impíos cuando llegará ese día? ¿Qué es ese día para ustedes? Para ustedes será de tinieblas y no de luz. Será el día en que sean consumidos como paja completamente seca: por tanto, bendigan al Señor porque demora Su venida, y consideren que Su paciencia es para su salvación.

Además, el Señor mantiene el patíbulo preparado mientras construye el edificio de Su iglesia. No todos los elegidos han sido llamados a salir de entre los culpables hijos de los hombres; todavía no todos los redimidos con sangre, han sido redimidos con poder y sacados de la corrupción de la edad, a la santidad en la que caminen con Dios. Por tanto, el Señor espera un poco de tiempo.

Pero no se engañen. El gran día de Su ira se aproxima aprisa, y sus días de suspensión de la ejecución están contados. Para con el Señor un día es como mil años, y mil años son como un día. Ustedes habrán de morir, tal vez, antes de la aparición del Hijo del hombre; pero verán Su tribunal a pesar de ello, pues resucitarán de nuevo como Él resucitó.

Cuando el apóstol se dirigió a los sabios de Grecia en Atenas, dijo: “Pero Dios... ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos.”

¿Acaso no pueden ver, oh ustedes impenitentes, que un Salvador resucitado es la señal de su condenación? Así como Dios levantó a Jesús de los muertos, Él también levantará sus cuerpos, para que en esos cuerpos se presenten a juicio. Delante del tribunal, cada hombre y cada mujer presentes en esta casa, rendirán cuentas de las cosas que hicieron en el cuerpo, sean buenas o sean malas. Así dice el Señor.

II. Ahora les pido su atención al hecho de que “DIOS JUZGARÁ LOS SECRETOS DE LOS HOMBRES.” Esto sucederá a todos los hombres, de toda nación, de toda edad, de todo rango, y de todo carácter. Por supuesto

que el Juez juzgará sus actos externos, pero podría decirse que estos actos iban delante de ellos al juicio: sus actos secretos son especialmente mencionados porque estos harán que el juicio sea más escudriñador.

Por “los secretos de los hombres” la Escritura quiere decir aquellos crímenes secretos que se ocultan por su propia infamia, que son demasiado viles para ser comentados, que causan un escalofrío que recorre a toda una nación si fuesen arrastrados, como deberían serlo, a la luz. Las secretas ofensas serán llevadas a juicio; los hechos de la noche y del aposento cerrado; los actos que requieren que se ponga el dedo sobre los labios, y que sea jurada una conspiración de silencio; los pecados repugnantes y desvergonzados que no deben ser mencionados nunca para que el hombre que los cometió no sea vea excluido por sus semejantes como un proscrito, aborrecido incluso por otros pecadores: todos estos serán revelados.

Todo lo que hubieren hecho, cada uno de ustedes, o lo que están haciendo, si llevan el nombre de cristianos pero practican algún pecado secreto, será manifiesto delante de la mirada universal. Si se sientan aquí, en medio del pueblo de Dios, y, sin embargo, allí donde nadie los ve, están viviendo en la deshonestidad, o en la infidelidad, o en la inmundicia, todo será sabido, y la vergüenza y la confusión de rostro los cubrirán eternamente. El desprecio será la herencia a la cual despertarán, cuando la hipocresía ya no sea posible. No se engañen, Dios no puede ser burlado; Él llevará a juicio los secretos de los hombres.

Nuestro texto se refiere especialmente a los motivos ocultos de cada acción; pues un hombre podría hacer lo que es correcto por un motivo equivocado, y así, el acto podría ser malo a los ojos de Dios, aunque parezca recto a los ojos de los hombres.

¡Oh, consideren lo que será que sus motivos sean todos sacados a luz, que se demuestre que ustedes eran piadosos por el interés de una ganancia, que ustedes eran generosos por pura ostentación, o celosos por amor a la alabanza, que ustedes eran cuidadosos de mantener en público una reputación religiosa, pero que en todo momento todo fue hecho por el ego, y sólo por el ego!

¡Qué fuerte será la luz que Dios arrojará sobre nuestras vidas, cuando las cámaras más oscuras del deseo y de la motivación humanas serán tan manifiestas como los actos públicos! ¡Qué revelación será aquella que haga manifiestos todos los pensamientos, y las imaginaciones, y las lascivias y los deseos! Todas las iras, y las envidias, y las soberbias y las rebeliones del corazón: ¡qué revelación constituirán todas estas cosas!

Todos los deseos sensuales y las imaginaciones incluso de los más controlados, ¡con qué suciedad se mostrarán! ¡Qué día será aquel, cuando los secretos de los hombres sean expuestos a la plena luz del mediodía!

Dios también revelará secretos que lo eran incluso para los propios pecadores, pues hay pecados en nosotros que no hemos visto nunca, y hay iniquidad en nosotros que no hemos descubierto todavía.

Nos hemos ingeniado, —para nuestro propio consuelo— para cerrar nuestros ojos de alguna manera, y nos cuidamos de apartar nuestra mirada de las cosas que son inconvenientes de ser vistas; pero seremos forzados a ver todos estos males en aquel día, cuando el Señor juzgue los secretos de los hombres.

No me sorprende que cuando cierto rabí leyó en el Libro de Eclesiastés que Dios llevará toda obra a juicio, con cada cosa secreta, sea buena o sea mala, lloró. Eso basta para hacer que el mejor hombre tiemble. ¡Si no fuera por ti, oh Jesús, cuya preciosa sangre nos ha limpiado de todo pecado, dónde estaríamos! Si no fuese por Tu justicia, que cubrirá a aquellos que creen en Ti, ¿quién entre nosotros podría soportar el pensamiento de aquel tremendo día? En Ti, oh Jesús, somos hechos justos, y, por tanto, no tememos la hora del juicio; ¡pero si no fuera por Ti, nuestros corazones desfallecerían de miedo!

Ahora, si ustedes me preguntaran por qué Dios debe juzgar especialmente los secretos de los hombres, —ya que esto no se hace en las cortes de los hombres, y no puede ser hecho, pues las cosas secretas de esta índole no caen bajo la jurisdicción de nuestro miopes tribunales— respondo que se debe a que no hay nada realmente secreto para Dios.

Nosotros establecemos una diferencia entre pecados secretos y públicos, pero Dios no; pues todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel con quien tenemos que tratar. Todos los actos son hechos en la inmediata presencia de Dios, que está personalmente presente en todas partes. Él sabe y ve todas las cosas como alguien que está en el lugar, y cada pecado secreto es solamente concebido como secreto por la engañada fantasía de nuestra ignorancia. Dios ve más del pecado secreto de lo que un hombre puede ver de aquello que es hecho delante de su rostro. “¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea?”

Los secretos de los hombres serán juzgados porque, con frecuencia, los más grandes actos morales son ejecutados en secreto. Los actos más refulgentes en los que Dios se deleita son aquellos que son llevados a cabo por Sus siervos cuando han cerrado la puerta y se encuentran solos con Él; cuando no tienen ningún otro motivo sino el de agradarle; cuando estudiosamente evitan toda publicidad, para no verse desviados por la alabanza de los hombres; cuando la mano derecha no sabe lo que hace la izquierda, y el corazón amoroso y generoso idea cosas liberales, y las hace detrás de la pantalla, para que nunca sea descubierto cómo se llevó a cabo el hecho. Sería una lástima que tales actos fueran expuestos al escrutinio público.

De igual manera, también los vicios secretos son los del tipo más negro, y excluirlos sería permitir que los peores pecadores se quedaran sin castigo. ¿Podría suceder que estos seres contaminados escapasen porque han comprado el silencio con su riqueza? Yo digo solemnemente: “¡Dios nos libre!” En efecto, Dios lo prohíbe: lo que han hecho en secreto, será proclamado en las azoteas.

Además, las cosas secretas de los hombres penetran en la propia esencia de sus acciones. Después de todo, una acción es buena o mala dependiendo en mucho de su motivo. Podría parecer buena, pero el motivo podría contaminarla; y así, si Dios no juzgase la parte secreta de la acción, no juzgaría justamente. Él pesará nuestras acciones, y detectará el designio que nos condujo a ellas, y el espíritu que las promovió.

¿Acaso no es verdaderamente cierto que la cosa secreta sea la mejor evidencia de la condición del hombre? Muchos hombres no harían en

público lo que les acarrearía vergüenza; no porque no tengan el corazón suficientemente negro para ello, sino debido a que son demasiado cobardes. Lo que el hombre hace cuando piensa que está enteramente solo, es la mejor revelación del hombre. Lo que tú no harías porque sería revelado si hicieras algo malo, es un pobre índice de tu carácter real. Lo que harías porque serías alabado por hacer el bien, es igualmente una débil prueba de tu corazón.

Tal virtud es meramente la búsqueda del yo, o una ruin servidumbre para con tus semejantes; pero lo que haces por respeto, no a alguna autoridad, sino a tu propia conciencia y a tu Dios, lo que haces cuando no eres observado, sin consideración de lo que el hombre dirá en relación a eso: eso es lo que te revela y descubre tu verdadera alma. Por esta razón Dios pone aquí un especial énfasis y otorga importancia al hecho de que en aquel día juzgará “los secretos” de los hombres por Jesucristo.

Oh, amigos, si pensar en estas cosas no los lleva a temblar, debería hacerlo. Siento la honda responsabilidad de predicar sobre tales asuntos, y le pido a Dios que, por Su infinita misericordia, aplique estas verdades a nuestros corazones, para que sean poderosas en nuestras vidas. Estas verdades deberían sobrecogernos, pero me temo que las oímos con escaso resultado; nos hemos familiarizado con ellas, y no penetran en nosotros como debieran.

Hermanos, tenemos que tratar con un Dios omnisciente; con un Ser que una vez que sabe algo nunca lo olvida; con un Ser ante quien todas las cosas están siempre presentes; con un Ser que no ocultará nada por miedo, o por favorecer a alguna persona; con un Ser que en breve mostrará el esplendor de Su omnisciencia y la imparcialidad de Su justicia sobre todas las vidas humanas. Que Dios nos ayude, doquiera que andemos y doquiera que reposemos, a recordar que cada pensamiento, cada palabra, y cada acto de cada momento, yace bajo esa fiera luz que alumbra todas las cosas desde el trono de Dios.

III. Otra solemne revelación de nuestro texto yace en este hecho: “DIOS JUZGARÁ POR JESUCRISTO LOS SECRETOS DE LOS HOMBRES.” Quien se sentará en el trono como Viceregente de Dios, y como un Juez, actuando por Dios, será Jesucristo. ¡Qué nombre para un Juez! El Salvador-

Ungido, Jesucristo: Él será el Juez de toda la humanidad. Nuestro Redentor será el árbitro de nuestro destino.

Esto será, no lo dudo, primero, para el despliegue de Su gloria. ¡Qué diferencia habrá entonces entre el bebé del pesebre de Belén, perseguido por Herodes, llevado de noche a Egipto en busca de refugio, y el Rey de reyes y Señor de señores, delante de Quien se doblará toda rodilla! ¡Qué diferencia entre el hombre cansado y lleno de aflicciones, y Aquel que será entonces ceñido de gloria, sentado en un trono circundado por un arcoíris! ¡Cuán grande ascenso desde la burla de los hombres hasta el trono del juicio universal! Soy incapaz de transmitirles el sentir de mi propio corazón del contraste entre el “despreciado y desechado entre los hombres”, y el Señor universalmente reconocido, delante de Quien los Césares y los pontífices se inclinarán hasta el polvo. Aquel que fue juzgado en el tribunal de Pilato, citará a todos a Su tribunal

¡Qué cambio de las injurias y de los esputos, de los clavos y de las heridas, del escarnio y la sed, y de la angustia agonizante, a la gloria en la que vendrá Aquel, cuyos ojos son como llamas de fuego y de cuya boca sale una espada aguda de dos filos! Él juzgará a las naciones, el mismo a Quien las naciones aborrecieron. Los quebrantará con vara de hierro, como vasija de alfarero los desmenuzará, a aquellos mismos que le desecharon como indigno de vivir entre ellos.

¡Oh, cómo deberíamos postrarnos delante de Él ahora, cuando se revela en Su tierna simpatía, y en Su generosa humillación! Honremos al Hijo, para que no se enoje; entreguémonos a Su gracia, para que no seamos aplastados por Su ira.

Ustedes, pecadores, póstrense delante de esos pies traspasados, que de otra manera los hollarán como racimos en el lagar. Mírenlo a Él con llanto, y confiesen su negligencia en cuanto a Él, y pongan su confianza en Él, no sea que Él los mire con indignación.

Oh, recuerden que Él dirá un día: “Y también a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y decapitadlos delante de mí.” Que el Señor Jesús sea responsable del juicio, acrecentará grandemente Su gloria. Finalmente resolverá una controversia que todavía

es sostenida por ciertos espíritus errados: no habrá ninguna duda acerca de la deidad de nuestro Señor en aquel día: no habrá ningún debate en cuanto a que este mismo Jesús, que fue crucificado, es tanto Señor como Dios. Dios mismo juzgará, pero llevará a cabo el juicio en la persona de Su Hijo Jesucristo, verdaderamente hombre, y, sin embargo, verdaderamente Dios. Siendo Dios, Él está divinamente calificado para juzgar al mundo en justicia, y al pueblo con Su verdad.

Si ustedes preguntaran de nuevo: ¿por qué es elegido el Hijo de Dios para ser el Juez final? Yo podría dar como respuesta adicional que Él recibe este excelso oficio, no sólo como un recompensa por todos Sus dolores, y como una manifestación de Su gloria, sino también porque los hombres han estado sujetos a Su influencia mediadora, y Él es su Gobernador y Rey. En el momento presente todos nosotros estamos bajo el influjo del Príncipe Emanuel, Dios con nosotros: hemos sido colocados por un acto de la clemencia divina, no bajo el inmediato gobierno de un Dios ofendido, sino bajo el dominio reconciliador del Príncipe de Paz. “Toda potestad le es dada en el cielo y en la tierra.” “El Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre.”

Se nos ordena predicar al pueblo y que “testificásemos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos.” (Hechos 10: 42) Jesús es nuestro Señor y Rey, y es conveniente que Él concluya Su soberanía mediadora, recompensando a Sus súbditos de acuerdo a sus obras.

Pero yo tengo algo que decirles que debería tocar sus corazones, aun si otros pensamientos no lo hubieren hecho. Yo pienso que Dios escogió a Cristo, el hombre Cristo Jesús, para juzgar al mundo para que no pueda oponerse el menor reparo en cuanto a ese juicio. Los hombres no podrán decir: ‘fuimos juzgados por un ser superior que no conocía nuestras debilidades y tentaciones, y, por tanto, nos juzgó severamente, y sin ninguna consideración a nuestra condición.’

No, Dios juzgará los secretos de los hombres por medio de Jesucristo, que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Él es nuestro hermano, hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne, partícipe de nuestra humanidad, y, por tanto, entiende y conoce lo que hay en los hombres. Él se ha mostrado muy hábil en toda la cirugía de la misericordia

a lo largo de las edades, y al fin será visto igualmente hábil en la disección de los motivos y en la revelación de los pensamientos e intentos del corazón. Nadie será capaz de recordar ese augusto tribunal y decir que Quien presidió era demasiado severo, porque desconocía todo acerca de la debilidad humana. Será el amoroso Cristo, cuyas lágrimas, y sudor sangriento y las abiertas heridas, atestiguan Su hermandad con la humanidad; y será claro para todas las inteligencias que, a pesar de lo terrible de Sus sentencias, no pudo ser inmisericordioso. Dios nos juzgará por Jesucristo, para que el juicio sea indisputable.

Pero escuchen con mucha atención, —pues les hablo con un gran peso sobre mi alma— este juicio presidido por Cristo Jesús, coloca más allá de toda posibilidad, toda esperanza de cualquier mediación posterior. Si el Salvador condena, y es un Salvador así, ¿quién podría interceder por nosotros? El dueño de la viña estaba a punto de cortar la higuera estéril, cuando el viñador le suplicó: “Déjala todavía este año”; pero qué sucederá con el árbol cuando el propio viñador le diga a su señor: “¡debe caer; yo mismo he de cortarlo”!

Si tu Salvador ha de convertirse en tu juez, en verdad serás juzgado. Si Él dijera: “Apartaos... malditos”, ¿quién podría llamarlos para que regresen? Si el que se desangró para salvar a los hombres llega finalmente a esta conclusión: que no hay nada más que hacer, sino que deben ser apartados de Su presencia, entonces adiós a la esperanza. Para los culpables, el juicio en verdad será un

Un grandioso día de espanto, decisión y desesperación.

Un horror infinito se apoderará de sus espíritus cuando las palabras del Cristo amante congelen su propia médula, y las coloque en el hielo de la eterna desesperación. Hay, para mi mente, un clímax de solemnidad en el hecho de que Dios juzgará los secretos de hombres por Jesucristo.

¿Acaso no muestra esto también cuán cierta será la sentencia? Pues este Cristo de Dios está muy seriamente resuelto como para jugar con los hombres. Si Él dice: “Venid, benditos”, Él no dejará de introducirlos en su herencia. Si es conducido a decir: “Apartaos de mí, malditos”, verá que se haga, y ellos han de ir al castigo eterno. Aun cuando le costó Su vida, Él

no retrocedió de cumplir la voluntad de Su Padre, ni dejará de pronunciar en aquel día la sentencia de condenación. ¡Oh, cuán malo ha de ser el pecado puesto que constriñe al tierno Salvador a pronunciar la sentencia de la condenación eterna!

Yo estoy seguro de que muchos de nosotros hemos sido conducidos últimamente a un odio mayor del pecado; nuestras almas han retrocedido dentro de nosotros por causa de la maldad en medio de la cual habitamos; nos ha hecho sentir como si ansiáramos pedir prestados los rayos del Todopoderoso para destruir la iniquidad. Tal prisa de parte nuestra podría no ser adecuada, puesto que implica una queja contra la paciencia divina; los tratos de Cristo con el mal son calmados y desapasionados, y, por tanto, más aplastantes.

Jesús, con su mano traspasada, que lleva el testimonio de Su amor supremo por los hombres, despedirá al impenitente; y esos labios que invitaron a los cansados a que descansaran en Él, dirán solemnemente a los malvados: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.” Ser hollado bajo el pie que fue clavado a la cruz, equivaldrá en verdad a ser aplastado: sin embargo, así será, ya que Dios juzgará los secretos de los hombres por Jesucristo.

Me parece como si Dios tuviese en esto la intención de hacer un despliegue de la unidad de todas Sus perfecciones. En este mismo hombre, Cristo Jesús, ustedes contemplan el derecho y el amor, la misericordia y la justicia, combinados en igual medida. Él voltea a la derecha, y dice: “Venid, benditos”, con infinita suavidad; y con el mismo labio, cuando mira hacia la izquierda, dice: “Apartaos de mí, malditos.” Los hombres verán entonces de una sola mirada, cómo el amor y la justicia son uno, y cómo se encuentran en igual esplendor, en la persona del Bienamado, a Quien Dios ha elegido para que sea el Juez de vivos y muertos.

IV. Habré concluido cuando me hubieren tenido paciencia un minuto o dos en cuanto a mi siguiente punto, que es: y TODO ESTO ES DE ACUERDO AL EVANGELIO. Es decir, no hay nada en el Evangelio que sea contrario a esta solemne enseñanza. Los hombres se reúnen con nosotros para oírnos predicar sobre la infinita misericordia, y hablar del amor que borra el pecado; y nuestra tarea es gozosa cuando somos llamados

a predicar un mensaje así; pero, oh, señores, recuerden que nada de nuestro mensaje trata con ligereza al pecado. El Evangelio no les ofrece ninguna oportunidad de continuar en el pecado, y escapar sin castigo. Jesús no ha venido al mundo para hacer que el pecado sea menos terrible. Nada en el Evangelio nos excusa; nada en el Evangelio proporciona tolerancia para la lascivia, o la ira, o la deshonestidad, o la falsedad. El Evangelio es tan ciertamente una espada aguda de dos filos contra el pecado, como pudiera serlo jamás la ley. Hay gracia para el hombre que abandona su pecado, pero hay tribulación e ira sobre cada hombre que hace el mal.

“Si no se arrepienten, él afilará su espada; armado tiene ya su arco, y lo ha preparado.” El Evangelio es todo ternura para el que se arrepiente, pero todo terror para el obstinado ofensor. Tiene perdón para el propio primero de los pecadores, y misericordia para el más vil de los viles, si abandona sus pecados; pero según nuestro Evangelio, aquel que prosigue en su iniquidad, será arrojado en el infierno, y el que cree, no será condenado.

Con profundo amor por las almas de los hombres, doy testimonio de la verdad que el que no se vuelve a Cristo con arrepentimiento y fe, irá al castigo que es tan eterno como la vida del justo. Esto es de acuerdo a nuestro Evangelio: en verdad, no hubiéramos necesitado de tal Evangelio si no hubiere tal juicio. El trasfondo de la cruz es el tribunal de Cristo. No habríamos necesitado una expiación tan grande, un sacrificio tan vasto, si no hubiere habido una suma pecaminosidad en el pecado, una suma justicia en el juicio, y un sumo terror en las seguras recompensas de la transgresión.

“Conforme a mi evangelio”, y quiso decir que el juicio es una parte esencial del credo del Evangelio. Si yo tuviera que resumir el Evangelio, tendría que decirles ciertos hechos: Jesús, el Hijo de Dios, se hizo hombre; nació de la virgen María; vivió una vida perfecta; fue acusado falsamente por los hombres, fue crucificado, muerto y sepultado; al tercer resucitó de los muertos; ascendió al cielo y está sentado a la diestra de Dios; desde donde también vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos. Esta es una de las verdades elementales de nuestro Evangelio; creemos en la resurrección de los muertos, el juicio final y la vida eterna.

El juicio es conforme a nuestro Evangelio, y en tiempos de justa indignación, su terrible significación parece un verdadero evangelio para

los puros de corazón. Quiero decir esto. He leído esto y lo otro relativo a la opresión, la esclavitud, el pisotear a los pobres, y el derramamiento de sangre, y me he regocijado de que haya un justo Juez. He leído sobre secretas perversiones entre los hombres ricos de esta ciudad, y me he dicho a mí mismo: “gracias a Dios, porque habrá un día de juicio”. Miles de hombres han sido ahorcados por crímenes mucho menores que esos que ahora deshonran a caballeros cuyos nombres están en los labios de las esferas del poder y de la belleza.

¡Ah, cuán entristecido está nuestro corazón cuando pensamos en eso! Nos ha llegado como un evangelio para nosotros que el Señor será revelado en fuego consumidor, tomando venganza de aquellos que no conocen a Dios, y que no obedecen el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo (2 Tesalonicenses 1: 8). La maldad secreta de Londres no puede continuar para siempre. Incluso aquellos que aman más a los hombres, y desean más la salvación para ellos, no pueden sino clamar a Dios: “¿Hasta cuándo, hasta cuándo? Grandioso Dios, ¿acaso soportarás esto para siempre?” Dios ha establecido un día en el que juzgará al mundo, y nosotros suspiramos y clamamos hasta que ponga término al reino de la maldad, y otorgue descanso a los oprimidos.

Hermanos, nosotros debemos predicar la venida del Señor, y predicarla un poco más de lo que lo hemos hecho, porque es la fuerza motriz del Evangelio. Demasiadas personas han puesto en un segundo plano estas verdades, y así, el hueso ha sido suprimido del brazo del Evangelio. Su punta ha sido quebrada; su filo ha sido mellado. La doctrina del juicio venidero es el poder mediante el cual los hombres han de ser despertados. Hay otra vida; el Señor vendrá una segunda vez; el juicio llegará; la ira de Dios será revelada. Donde esto no es predicado, me atrevería a decir que el Evangelio no es predicado. Es absolutamente necesario para la predicación del Evangelio de Cristo, que los hombres sean advertidos en lo relativo a lo que sucederá si continúan en sus pecados. ¡Alto, alto, señor cirujano, usted es demasiado delicado para decirle al hombre que está enfermo! Espera sanar al enfermo sin que sepa que está enfermo. Por tanto, usted lo halaga; y, ¿qué pasa? Ellos se ríen de usted; ellos danzan sobre sus propias tumbas. ¡Por fin mueren! Su delicadeza es crueldad; sus halagos son venenos; usted es un asesino. ¿Mantendremos a los hombres en el paraíso del necio? ¿Los

arrullaremos para que tengan sueños tranquilos de los que se despertarán en el infierno? ¿Habríamos de convertirnos en ayudadores de su condenación por nuestros diplomáticos discursos?

En el nombre de Dios, no lo haremos. Es necesario que cada verdadero ministro de Cristo clame en alta voz y no se guarde, pues Dios ha establecido un día en el que “juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio.” Tan ciertamente como el Evangelio de Pablo era verdadero, el juicio vendrá. Por tanto, huyan a Jesús en este día, oh pecadores. Oh santos, vengan a ocultarse ustedes también bajo el dosel carmesí del sacrificio expiatorio, para que estén ahora listos a darle la bienvenida a su Señor que desciende y escoltarlo hasta Su tribunal. Oh, mis queridos lectores, que Dios los bendiga, por Cristo nuestro Señor. Amén.



(α) Porción de la Escritura leída antes del sermón: Apocalipsis 20. [Copiado más abajo] [\[volver\]](#)

Apocalipsis 20

Los mil años

1 Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano.

2 Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años;

3 y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.

4 Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la

palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años.

5 Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección.

6 Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.

7 Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión,

8 y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar.

9 Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió.

10 Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

El juicio ante el gran trono blanco

11 Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos.

12 Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.

13 Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras.

14 Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda.

15 Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.

Reina-Valera 1960